

EL SOCIALISTA

ÓRGANO CENTRAL DEL PARTIDO OBRERO

Madrid, 24 de julio de 1896.

APARECE LOS VIERNES

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: HERNÁN CORTÉS, 8, PRINCIPAL

Año XI.—Núm. 542.

PARTIDO SOCIALISTA OBRERO

COMITÉ NACIONAL

Del escrutinio hecho por este Comité, han resultado elegidos para representar a nuestro Partido en el Congreso internacional de Londres los correligionarios Pablo Iglesias, Jaime Vera y Casimiro Muñoz.

El Comité Nacional ha encargado a la delegación de nuestro Partido al Congreso de Londres que se presente en Lille a saludar, en nombre de los socialistas españoles, al Partido Obrero francés, reunido en Congreso.

La correspondencia para este Comité se dirigirá a Pascual Simal, Hernán Cortés, 8, principal.

Madrid, 22 de julio de 1896.—PASCUAL SIMAL, secretario.

SUSCRIPCIÓN

para cubrir los gastos que ocasione la representación del Partido Socialista español en el Congreso internacional que ha de inaugurarse en Londres el día 27 de julio.

Lista anterior, 692,08 pesetas.
Madrid: M. Gómez, 0,50.—J. Morcillo, 0,30. L. Martín, 0,20.—J. Casas, 0,20.—Adela Román, 0,25.—L. Pallares, 0,25.—Amparo Meliá, 0,25.—P. Iglesias, 0,25.—Total, 2,00 pesetas.

La Coruña: J. Rodríguez, 0,20 pesetas.
Bilbao: Sociedad de Zapateros, 5.—J. Vozmediano, 0,25.—C. Cerezo, 0,25.—S. Nájera, 0,50.—B. Rodríguez, 0,60.—R. Pérez, 0,25.—A. Jiménez, 0,25.—Nájera, 0,50.—J. V., 0,25. Total, 7,85 pesetas.

Ferrol: Agrupación Socialista, 12,50 pesetas.
Cádiz: Recaudado por la Agrupación Socialista, 5 pesetas.

Linares: B. Montoro, 0,40.—C. Rodríguez, 0,20.—J. Fernández, 0,40.—L. Castellano, 0,30. A. López, 0,25.—A. Faba, 0,15.—J. Soto, 0,25. E. Soto, 0,25.—V. González, 1.—B. Curpián, 0,20.—J. Sánchez, 0,25.—R. Suárez, 0,30.—D. Soto, 0,50.—A. Faba, 0,20.—F. García, 0,25.—J. M. Puertas, 0,25.—F. Jiménez, 0,25.—B. Puertas, 0,25.—F. López, 0,20.—A. Martín, 0,25.—M. Montañer, 0,20.—N. Picón, 0,20.—F. Frasquiel, 0,25.—M. Cerezo, 0,50.—C. Navarrete, 1,50.—J. Martínez, 5.—E. Ortega, 2,25.—Total, 16 pesetas.

Mataró: E. Auladell, 0,10.—G. Santamaría, 0,10.—J. Surell, 0,25.—J. Bes, 0,20.—G. Planas, 0,25.—J. S., 0,20.—F. Puig, 0,25.—M. Fluriach, 0,20.—J. B., 0,50.—A. B., 0,25.—J. Sala, 0,25.—M. Cabot, 0,25.—S. Vila, 0,15.—J. Freixa, 0,25.—J. Forts, 0,15.—J. Carreras, 0,20.—A. Abril, 0,15.—E. Tellechea, 0,25.—J. Costa, 0,25.—A. Buxet, 0,10.—M. Bagot, 0,20. E. Buxó, 0,30.—A. Casabella, 0,15.—F. Jubillá, 0,15.—J. Fortuny, 0,15.—J. Soler, 0,50.—P. Vilá, 0,25.—J. Cot, 0,20.—J. Farrarons, 0,25.—P. Puig, 0,20.—B. Llinás, 0,30.—L. Viñanau, 0,25.—J. Llibina, 0,20.—R. Moreldas, 0,15.—J. Badia, 0,15.—J. Bruguera, 0,15.—J. M., 0,25.—A. Vila, 0,25.—Un carpintero, 0,15.—J. Pou, 0,25.—V. Serra, 0,20.—J. Rovira, 0,20.—J. Plá, 0,20.—E. Vila, 0,15.—J. Basart, 0,15.—J. Recturet, 0,15.—E. Planas, 0,20. M. José, 0,25.—I. Monrás, 0,20.—J. Masmijá, 0,10.—J. Girbau, 0,25.—J. Manent, 0,50.—R. Faura, 0,20.—A. Terensi, 0,20.—P. T., 0,40.—F. Renté, 0,20.—J. Girbau, 0,20.—J. Ventura, 0,15.—T. Beoyo, 0,25.—J. Llinás, 0,20.—A. Arnau, 0,25.—Un cazahuero, 0,25.—F. Boba, 0,20.—J. Torras, 0,25.—F. Calbó, 0,20.—L. Ventura, 0,50.—C. Puig, 0,15.—E. Batlle, 0,15. J. Juan, 0,25.—El uno, 0,10.—S. Travería, 0,50.—Un tejedor, 0,20.—C. Rentacapas, 0,20. Un obrero, 0,10.—J. Salvador, 0,50.—J. B., 0,25.—J. Selva, 0,25.—P. Castro, 0,20.—J. F., 0,20.—I. Pasaris, 0,15.—A. Sans, 0,25.—J. Alsiná, 0,15.—S. Bonamusa, 0,15.—L. Bellavista, 0,25.—L. Guillem, 0,10.—J. Biosca, 0,20. E. Sánchez, 0,15.—J. Fernández, 0,25.—P. Cot, 0,25.—Un socialista, 0,30.—J. Casabella, 0,25.—J. Bellavista, 0,10.—Guerra a los burgueses, 0,10.—S. Casals, 0,20.—Un Ambut, 0,40.—J. Rocafort, 0,25.—E. Buxó, 0,25.—R. Bartra, 0,30.—Sobrante, 0,15.—Total, 22 pesetas.

Málaga: J. Madrid, 0,50.—A. González Arias, 0,25.—A. González, 1.—J. Segovia, 1.—L. Molero, 0,50.—F. Abad, 0,50.—J. Bonilla, 0,50.—S. E., 2.—V. Mairena, 1.—R. Salinas, 1.—S. González, 5.—Total, 13,25 pesetas.

Villanueva y Geltrú: J. Riambau, 0,75.—A. Farrás, 0,25.—J. Borrás, 0,50.—F. Ill, 0,30.—J. Rafols, 0,25.—J. Guardia, 0,40.—A. Cubota, 0,50.—A. Cuadrat, 0,25.—Luis, 0,45.—G. Barnat, 0,25.—L. Baijes, 0,10.—F. Vila, 0,30. P. Roig, 0,40.—P. Salvat, 0,30.—F. Papiol, 0,25.—N. Ginovart, 0,25.—J. Santujini, 1,50. J. Ventura, 0,20.—P. Soler, 0,30.—Total, 8 pesetas.

Bilbao: M. D. T., 0,50.—Roque el renegado, 1.—J. Basauri, 0,50.—Un socialista de Ortuella, 0,75.—M. G., 0,25.—S. Merino, 0,25.—Mauricia Ruiz, 0,50.—Un alemán socialista, 1.—Un obrero, 0,25.—Gainza, 1.—Perezagua, 0,25. Total, 6,25 pesetas.

Alicante: J. Roca, 1.—P. Nevado, 1.—R. Alemañ, 1.—F. Papi, 1.—J. M. Colomina, 0,50.—F. Hernández, 0,50.—Total, 5 pesetas.

Manresa: P. Secases, 1.—I. Rubinat, 1.—M. Balaguer, 0,50.—M. Renolias, 0,50.—J. Puigdelirol, 1.—L. Rosal, 1.—J. Sala, 1.—J. Udiherbert, 1.—J. Suñol, 1.—J. Vilagrasa, 1.—J. Costa, 0,50.—Un albañil, 0,50.—Total, 10 pesetas.

Total de esta lista, 108,05 pesetas.
Total general, 800,13 pesetas.

Debiendo darse por terminada esta suscripción muy en breve, rogamos a cuantos tengan cantidades para ella nos las envíen inmediatamente.

LOS MINEROS ESPAÑOLES

País esencialmente minero el nuestro, esta industria alcanza ya en él un grado importante, y a pesar de la ignorancia y la rutina que priva entre nosotros, no tardará mucho en alcanzarle mayor todavía.

Aunque en gran parte de ella se usan los procedimientos mecánicos más perfeccionados, puede asegurarse sin temor a incurrir en error que el número de obreros empleados en la extracción del mineral y en su acarreo no bajarán de 60.000.

Dada la naturaleza de este trabajo, verdaderamente peligroso, sólo se dedican a él aquellos compañeros que no han podido aprender un oficio menos rudo, o aquellos otros que, habiéndole aprendido, se han encontrado después con que les faltaba labor y la buscan en cualquier parte. La mayoría de los obreros del campo que no se resignan a ganar el mequino salario que les dan sus explotadores, ó que son echados de sus pueblos por la crisis de trabajo, van a parar a las minas.

Siendo, por lo indicado, el personal empleado en éstas el menos instruido de toda la clase obrera, y por consiguiente, el más apto para ser explotado hasta el último límite, y corriendo a diario riesgo de lisiarse ó de perder la existencia, no hay que decir que la vida del trabajador minero es un perpetuo tormento. Sufre por la calidad de su trabajo, por la forma en que le realiza, por el trato que generalmente le dan encargados ó capataces, por el miserable salario con que se remuneran sus tremendos esfuerzos, por el escaso interés con que se le cuida cuando, herido en el trabajo, tiene que dar con su cuerpo en el hospital, y, finalmente, porque muchísimas veces ha de vivir separado de los seres que le son más queridos, y que, con una caricia ó una frase de consuelo, calmarían en más de una ocasión la pena ó el coraje engendrado por reciente injusticia.

Que esta es la vida de los mineros españoles nos lo dicen bien claramente las denuncias que de vez en cuando formulan los mineros de Linares y las que constantemente insertan en los periódicos socialistas los que trabajan en la zona minera de Vizcaya.

Mas los obreros de las minas, que tienen la desventaja de ser poco instruidos, cuentan con la buena condición de estar concentrados, esto es, de trabajar muchos juntos—cientos y aun miles—, y, por lo tanto, de poder ponerse fácilmente de acuerdo, de fundir sus ideas

en una sola y de ejercer una acción común en favor de esa idea. Cuando en una industria cualquiera los obreros se hallan en situación tal, bástales un poco de energía, de actividad y de constancia para pasar del aislamiento a la unión y crear una fuerza verdaderamente indestructible.

Ahí están para demostrarlo los mineros norteamericanos, los ingleses, los belgas, los alemanes, los franceses y los austriacos. Unidos, formando poderosas organizaciones, han logrado, lo mismo por la acción política que por la económica, mejorar sus condiciones. Los norteamericanos han conseguido elevar sus salarios; los ingleses tener en el Parlamento defensores de sus aspiraciones, cobrar buenos salarios y reducir la jornada considerablemente, hasta el extremo de que los mineros del Northumberland no trabajan al día más de siete horas; los alemanes, suavizar la dura explotación que sufrían y llevar al Parlamento representantes propios; los belgas lo mismo, y los austriacos, si no igual que éstos, porque la ley electoral no les ha permitido enviar ninguno de los suyos al Parlamento, han conseguido, mediante la resistencia, mejorar algo su situación.

La organización en España de 40.000 ó 50.000 mineros, que ejercitasen su acción en el campo político y en el económico, daría a éstos tal influencia, que sería imposible ocurrirles lo que pasa hoy en las minas de Vizcaya, en las de Linares, Río-Tinto, Almadén, Asturias y otros puntos, donde, además de cometerse muchísimos otros abusos, hácese trabajar excesivamente a los mineros, retribuyéndolos con salarios que no alcanzan ni para cubrir las primeras atenciones de la vida.

Una organización de esa naturaleza impondría a los Rothschild, Chávarri, Martínez Rivas, marqués de Comillas y demás explotadores mineros, y obligaría a los Gobiernos a fijar su atención en cosas que hoy desatienden y a dar satisfacción a las reclamaciones justísimas de dichos trabajadores.

Pero si los mineros españoles siguen, como hasta aquí, sin organizarse, sin cuidarse ellos mismos de sus intereses, sin hacer el desembolso semanal ó mensual que exige toda organización, ni podrán tomar parte, con éxito, en las campañas políticas, que tan necesario les es, ni hacer huelgas, ni intentar nada de provecho para sus intereses; viéndose, por el contrario, obligados a sufrir una explotación mayor cada día.

Los mineros de Vizcaya y de Linares, que son los que hoy más se duelen de los males que sufren y muestran más deseos de mejorar su estado, deben continuar denunciando los abusos y atropellos de que son víctimas, pero, ante todo, considerando obligación sagrada el unirse, trabajar con toda su alma por asociarse con el doble carácter indicado, no cejando ante dificultad alguna. Las denuncias de las ofensas que se les infieren sirven para reavivar en dichos trabajadores el afán de ponerlas correctivo, pero de nada ó poco servirían si a la vez no se organizasen aquéllos.

Unidos y organizados los mineros de Vizcaya y de Linares, no les sería difícil llevar la semilla de la organización a otras comarcas y crear inmediatamente una Federación. Formada ésta, no tardarían mucho en acudir a ella todos los mineros de España.

Excusado nos parece decir que en tan digna empresa, los demás obreros asociados, por espíritu de solidaridad y por propia conveniencia, ayudarían cuanto les fuese posible a dichos compañeros.

Los trabajadores de las minas para decidirse a emprender la tarea que les señalamos deben convencerse de tres cosas: primera, de que su pensamiento no ha de limitarse a buscar la mejora de las condiciones en que cada grupo de ellos trabaja, sino que han de gene-

ralizar, esto es, pensar en el mejoramiento de las condiciones de todos; segunda, de que los medios para formar el fondo con que han de atender a las campañas políticas y a las huelgas, cuando los patronos hagan éstas inevitables, tienen que salir necesariamente de los escasos salarios que ellos perciben, puesto que solamente ellos son los interesados en que su situación se modifique beneficiosamente; y tercera, de que no pudiendo ser tal organización obra del entusiasmo ni de unos cuantos individuos, todos deben cooperar a ella con tenacidad, constancia y fervor, excluyendo toda impaciencia, que no haría más que perjudicarlas.

Atiendan los trabajadores de las minas cuanto en estas líneas decimos, y resuélvanse, imitando a sus compañeros de los demás países, a crear la organización que ha de hacerlos respetables y servirles de instrumento para mejorar su estado y acabar un día con el poder de los que los explotan.

LA SEMANA BURGUESA

Decía recientemente el Sr. Cánovas en el Congreso que el deseo del país es continuar a todo trance la guerra en Cuba, y mandar allí, si es preciso, hasta el último soldado.

No sabemos si pertenecerán al país, en concepto del Sr. Cánovas, las madres de los soldados; pero lo cierto es que éstas no «están por la labor».

En forma bien clara lo han expresado así las madres zaragozanas, quienes hace días solicitaron inútilmente permiso para celebrar una manifestación pública de protesta contra la orden de expedición de 40.000 hombres que saldrá pronto para Cuba.

Por cierto que a los patriotas que ven los toros desde la barrera no les ha parecido bien este acto de las madres zaragozanas, de las descendientes de aquellas heroínas—hagamos uso de la pauta que presta para tales casos la cursilería—, de aquellas mujeres varoniles que lucharon denodadamente contra las huestes de Napoleón I.

Y—¡es claro!—esos patriotas *ojalateros* ven un signo de decadencia en la conducta *antipatriótica* de las madres zaragozanas, por que, como ellos dicen, la patria es antes que todo... para los que se quedan en casa, como Cachuipin.

No, y la patria es generosa con aquellos de sus hijos que combaten por ella. A la vista tenemos una carta de un soldado del ejército de Cuba, en la cual carta leemos las siguientes líneas que dan fe de esa generosidad:

Desde enero sólo he recibido cinco duros, y se me debe el haber de cuatro meses. Sin embargo, puedo estar agradecido, porque en el campo de operaciones hay soldados a quienes se les debe siete y ocho meses de haber. ¡Esto es un escándalo!

Y el ministro de Ultramar, que se llama *Castellano*, aunque es aragonés, se muestra tozudo en no dar cuenta de los muchos millones que se han puesto a su disposición para las necesidades de la campaña.

De modo que los soldados que van a la grande Antilla pueden hacerse la cuenta de que van a Ultratumba más bien que a Ultramar.

Pero todo sea por amor a la patria y al Gobierno del Sr. Cánovas.

Para escándalo de beatas y consuelo de concejales poco limpios de manos copiamos esta noticia:

El juez especial, D. Francisco Fernández Amaya, que instruye causa sobre la aplicación de dos millones de reales del fondo de patronatos de la Catedral de Sevilla, ha dictado hoy auto de procesamiento del presidente, de un

vocal y del secretario de la junta de patronato de aquel cabildo eclesiástico.

Los procesados son por el orden de cargos indicado: el deán D. Francisco Bermúdez de Cañas, el canónigo capellán real D. Servando Arboli y el canónigo rector del Seminario don Manuel Rodríguez.

Se ha notificado el auto á los procesados, á quienes se les exige una fuerte suma para responder á las resultas de la causa.

Pero no hay que forjarse ilusiones: ya verán ustedes cómo resulta que esos clérigos son unas personas muy decentes y muy temerosas de Dios.

Tanto quizá como el obispo de Cádiz, quien sigue reteniendo... etc., etc.

¡Buena está el clero, bueno, bueno, bueno!

como ha dicho un poeta amigo mío.

* *

El Liberal ajusta las cuentas al Gobierno á propósito del transporte de soldados á Cuba, y dice entre otras cosas:

Es decir, que el envío de 127.000 soldados, más 40.000 que están para embarcar, ha representado para el Estado un gasto de 26.720.000 pesetas, y hubiera podido importar, de haber hecho el transporte por su cuenta, 8.350.000 pesetas.

Diferencia en contra del Tesoro público, y por consecuencia, de los contribuyentes españoles:

18.370.000 pesetas.

Y como dentro de poco habrá en la isla de Cuba, tal vez antes de que termine el año actual, 200.000 soldados, resultará que el transporte de éstos á la guerra, transporte hecho por la compañía Transatlántica, habrá costado á España 32.000.000 de pesetas, en tanto que de haberlo verificado en buques de guerra ó mejor, claro está, en barcos fletados por el Gobierno, hubiera importado tan sólo 10.000.000 de pesetas.

Diferencia en contra de la angustiada patria y de la empobrecida Hacienda española, diferencia que pesará al cabo sobre los desdichados contribuyentes:

22.000.000 de pesetas.

¿Que pesará al cabo? No, y al principio también.

Y, si no, véase la clase:

Noticias de autorizado origen acusan ser tan extrema la escasez y miseria en Alcañiz, que algunos labradores han fallecido de hambre y otros de tristeza, al verse sin elementos para hacer frente á las necesidades de sus familias.

Pero—¡qué demonio!—antes que los labradores de Alcañiz y todos los demás contribuyentes que sufren las consecuencias del derroche llevado á cabo por el Gobierno en el transporte de tropas, está el piísimo marqués de Comillas.

Que es el «primer patriota» español, según la autorizada opinión del general Martínez Campos, de esa especie de oráculo de la situación.

* *

Habla *El Liberal* oficiando de órgano de la burguesía:

Al ministro de la Guerra.—Se nos ruega llamemos la atención del digno general Azcárraga acerca de un punto importante.

Los prófugos y desertores de los reemplazos de 1891, 92 y 93 han sido indultados por una real orden y se les ha autorizado para redimirse á metálico, é igual autorización se concedió á los reclutas de los mismos reemplazos á quienes correspondió ir á Cuba.

Pues bien; á los soldados hoy en filas de los reemplazos del 92 y 93, debería concedérseles igual autorización para hacerles, por lo menos, de la misma condición que á los prófugos y desertores de los citados reemplazos; porque si bien en tiempo oportuno pudieron redimirse á metálico y no lo hicieron, también debe tenerse en cuenta que entonces se trataba de prestar servicio en la Península, lo cual pueden hacer muchos que por su temperamento y constitución física no se hallan en disposición de resistir el clima y con él las enfermedades de la isla de Cuba.

Eso es, y á los soldados de los reemplazos del 92 y del 93 que no tengan dinero para redimirse, y por su temperamento y constitución física no se hallen en disposición de resistir el clima y con él las enfermedades de la isla de Cuba, que los parta un rayo.

¡Vamos, que tiene sal el modo de argüir de *El Liberal*!

Trabajadores: En vuestra unión están la fuerza que puede arrancar á los que os explotan las mejoras que necesitáis y el poder que ha de concluir para siempre con el dominio capitalista. Llevadla, pues, á cabo organizándoos por oficios y formando con éstos un solo cuerpo.

QUE CUNDA EL EJEMPLO

Hemos visto con simpatía la actitud unas cuantas madres que en Zaragoza han protestado, en la forma que han sabido y podido, del envío de nuevos refuerzos á la isla de Cuba.

Han hecho bien. Ellas sienten que sus hijos son sacrificados á un concepto bárbaro del honor y á la conveniencia de unos cuantos que de la guerra hacen granjería y de la isla de Cuba objeto de explotación, y protestan: ellas ven que no les basta sacrificar uno solo de sus hijos al egoísmo de unos cuantos explotadores, sino que allá han de ir cuantos tengan, y no se resignan.

La Prensa se ha lanzado sobre las pobres mujeres, y periodistas que quizá se hayan eximido del servicio militar mediante 1.500 pesetas, las han colmado de insultos, sacando á relucir el repertorio de majaderías patrióticas que entusiasman á los tontos allá por el año 59.

¡Bah! Desprecien las valientes madres zaragozanas lo que digan cuatro periodistas, y tengan la seguridad que la opinión del pueblo á quien se arrebató la sangre y el dinero para la guerra está con ellas.

Contra ellas, en cambio, están los políticos que no han sabido prevenir la guerra con una administración honrada y una política expansiva, que enviaban á los amigos á enriquecerse en las Aduanas y que tienen provincias de la isla sin un kilómetro de carretera y sin otros puertos que los naturales, pudiéndose decir que la riqueza en Cuba se ha desarrollado á pesar de la Administración.

Contra ellas están los periodistas que han ido á la isla como corresponsales y han vuelto gratificados por el Gobernador general con un acta de diputado.

Contra ellas están los que vociferan y llaman filibustero y mambi á quien se permite el lujo de discurrir con sentido común acerca de la guerra, habiendo tenido ellos muy buen cuidado de aprontar el importe de la redención por sí ó por sus hijos.

Contra ellas están quienes hablan á todas horas de sacrificios y regatean los que á ellos se les piden.

Contra ellas está la Compañía Transatlántica y que tan excelente negocio realiza con la guerra.

Contra ellas estarán de seguro las Compañías de Ferrocarriles, la Tabacalera, la Empresa explotadora de Almadén y cuantos creen buena esta ocasión para lanzarse sobre los escasos restos de la riqueza pública.

Contra ellas, en suma, están cuantos viven de la sangre y del sudor del que trabaja.

En cambio tienen á su lado la opinión de todas las madres y de todos los que con su trabajo producen los millones que allí se gastan.

La opinión del verdadero pueblo no quiere que se envíen más hombres á la muerte y anhela que la guerra termine á cualquier precio.

Sépanlo así los hombres que nos des gobiernan.

Y que el ejemplo de las madres zaragozanas sea imitado.

CONGRESOS SOCIALISTAS

Durante el corriente mes la actividad del Partido Socialista se manifestará por medio de seis ó más Congresos.

En estos últimos días se han celebrado Congresos regionales en Comentry y Marsella (Francia), quedando en ellos constituidas las Federaciones del Gard y del Centro y votándose en los dos importantes órdenes del día.

Después, los compañeros de Dinamarca han celebrado su Congreso, comprobándose en él los grandes aumentos del Partido, que hoy cuenta con 239 organizaciones políticas compuestas de 23.000 miembros y 713 organizaciones profesionales, con más de 42.000. El Partido tiene 3 representantes en la Cámara de diputados, 2 en el Senado, y 94 en diversos Ayuntamientos.

El 21 comenzó sus sesiones en Lille el Congreso Nacional del Partido Obrero francés, y por los datos que hasta la fecha tenemos es importantísimo.

El Congreso de Londres promete estar muy concurrido, pues la Comisión

organizadora calcula que asistirán á él unos 500 delegados ingleses y tiene por seguro que las representaciones de los demás países serán numerosas.

Y por último, los días 11, 12 y 13 del corriente han celebrado los socialistas italianos su cuarto Congreso Nacional.

Con toda intención hemos dejado para lo último el dar cuenta de este Congreso, aunque cronológicamente le corresponde otro lugar, porque ha tenido importancia suma, no sólo para el porvenir de la Democracia Socialista italiana, sino por las enseñanzas que á nosotros puede suministrarlos.

Una cuestión debía discutirse en el Congreso, la táctica del Partido, y aunque entre nosotros, en punto tan interesante, no haya desacuerdo, como se ha intentado diferentes veces por los partidos extremos de la burguesía española presentarnos en contradicción con los socialistas de los demás países, á los cuales suponían marchando del brazo con los partidos llamados—muy mal llamados por cierto—afines, no está mal que los hechos—siempre los hechos!—vengan á darnos la razón.

El Congreso se ha celebrado en Florencia. Á él han asistido cerca de 300 delegados, entre ellos los condenados de Sicilia y casi toda la minoría socialista en la Cámara.

En la primera sesión se dió lectura del mensaje enviado por nuestro Partido, que fué acogida con grandes aplausos, y el valiente socialista Montalto—condenado por Crispi á diez años de presidio—envió á los socialistas españoles un cariñoso saludo en nombre de la Sicilia socialista que él representa.

El grupo socialista en el Parlamento dió cuenta de su conducta, que fué aprobada.

El Consejo Nacional dió también cuenta de su conducta y de los progresos del Partido, que en la hora presente cuenta con 450 organizaciones repartidas en 420 Municipios, compuestas de 21.000 miembros y con 27 órganos en la Prensa. También fué aprobada la conducta del Comité.

Se acordó que la Caja del Partido envíe mensualmente 350 pesetas al grupo parlamentario para que éste las distribuya entre aquellos de sus miembros que no tengan otros medios de vida que su trabajo y á causa de las tareas parlamentarias no puedan dedicarse á él.

Algo se trató de organización del Partido, pero sin importancia alguna para nosotros.

Se acordó dejar para otro Congreso la revisión del programa mínimo y se tomaron algunos acuerdos para la mejor organización de la propaganda y para llevar ésta á los campos, y por fin se pasó á la discusión de la táctica electoral, política y administrativa.

Tres órdenes del día—á más de varias enmiendas—se presentaron: una de intransigencia absoluta, otra de intransigencia en las elecciones políticas y transigencia en las administrativas y otra de transigencia.

Tras larga y muy razonada discusión se acordó que el Partido Socialista luche siempre solo y contra todos los demás en las elecciones, sean éstas de la clase que fueren, y que en los casos de *ballotage* queden en libertad las secciones de resolver lo que estimen más conveniente.

El acuerdo anterior fué acogido con grandes aplausos y viene á poner fin á la polémica que sostenían los periódicos socialistas italianos.

Discutióse después la conducta de De Felice, el cual diferentes veces ha procedido en contradicción con sus colegas de Parlamento, y el condenado de Sicilia, con una sinceridad que le honra, explicó su conducta, confesó su error y declaró que se sometería siempre á lo que acordara la mayoría, escuchando el Congreso con agrado sus declaraciones y dando el asunto por terminado.

Seguidamente se introdujeron enmiendas en los Estatutos del Partido y se tomaron acuerdos relativos á la Prensa y á la representación del Partido en el Congreso de Londres.

Aunque sin tomar un acuerdo definitivo, se expresó la idea de que ningún socialista debe aceptar el duelo como medio de dirimir cuestiones de honor, porque ese modo de dirimir las es bárbaro é impropio, por tanto, de hombres civilizados.

El Consejo Nacional residirá en Mi-

lán y él señalará, con la debida anticipación, la fecha y sitio en que haya de celebrarse el siguiente Congreso.

El compañero Enrique Ferri puso fin á las tareas del Congreso con un magnífico discurso.

—Callad, dijo un magistrado, al oírse un gran ruido en la sala del juzgado.
—¡Por Dios que estoy aturrido!
Diez causas he sentenciado sin haberlas entendido.

PABLO JÉRICA.

TESTIGO DE MAYOR EXCEPCIÓN

Las últimas elecciones verificadas en Bélgica inspiran á *El Siglo Futuro* las siguientes líneas:

En Bélgica se verificaron las elecciones el domingo 5 de julio y fueron un desastre para la *liga liberal*: los candidatos por ella presentados se ahogaron, ganando sus puestos los católicos y los socialistas.

Pero el punto negro de las elecciones del 5 de julio fueron los empates (*ballotages*) de Bruselas, Anvers, Nivelles y Philippeville entre católicos y socialistas (porque en Bélgica, como en Francia, se necesita mayoría absoluta de votos para ser elegido); las cuales, en una segunda elección, la del 12 de julio, se han resultado en favor de los católicos, porque los liberales, descartados de la lucha por la supremacía numérica de católicos y socialistas, han tenido el instinto de votar en favor de los primeros, echando el peso de sus fuerzas para contrarrestar los progresos evidentes del socialismo.

Porque dos resultados evidentes se desprenden de las últimas elecciones belgas: la de la derrota de los liberales y el crecimiento espantoso del socialismo, que ha venido á recoger la herencia electoral del liberalismo belga, para convencerse de lo cual no hay más que publicar el escrutinio del 5 de julio en Bruselas, expresión exacta de las fuerzas de los tres partidos en las principales capitales belgas. Por término medio los católicos obtuvieron en Bruselas 89.000 votos, los liberales 39.000 y los socialistas 73.000. Compárense estas cifras con las de las elecciones del 1894, y se verá cómo el verdadero triunfo de esta jornada corresponde de derecho á los enemigos del orden social, que en Bélgica van ganando terreno de día en día.

En 1891 los católicos obtuvieron en Bruselas, por término medio, 93.000 votos; los liberales 59.000 y los socialistas 33.000.

Añádase á esto que los socialistas, que actualmente han obtenido más de 70.000 votos en Bruselas, han alcanzado 35.000 en Namur, 20.000 en Lovaina, 14.000 en Dinant y 6.500 en Philippeville, y se verá con cuánta razón *Le Courrier de Bruxelles* exclamaba al día siguiente de las elecciones:

«Estas cifras son espantosas. Se hubiesen burlado del que hubiese osado hace tres años predecir que marcharíamos tan de prisa por este camino. Tenían razón los socialistas al regocijarse por la fuerza enorme que el sufragio universal ponía en sus manos. ¿Qué será de nosotros dentro de dos años?»

A lo copiado sólo tenemos que añadir que las observaciones de *El Siglo Futuro* y *El Correo de Bruselas* son muy exactas y bien poco halagüeñas para la burguesía.

¡Ojalá los hombres de buena fe que militan en los partidos extremos de nuestro país vieran tan claro como el periódico tradicionalista, y el fenómeno de la concentración—ó polarización que dice un amigo nuestro—de fuerzas que se ha dado en Bélgica, como se da en todas partes, le decidiera á romper de una vez con la política anacrónica que siguen, y que al enseñarles cómo en un porvenir cercano sólo habrá dos partidos—el católico y el socialista—, les decidiera á venir á nuestro lado para no realizar esfuerzos estériles.

CONTRA LA LEY

REPRESIÓN DEL ANARQUISMO

La Agrupación Socialista de Valencia ha protestado contra el proyecto de ley de represión del anarquismo por considerarle atentatorio á las escasas libertades que disfrutamos.

Los socialistas burgaleses han protestado contra la horrible explosión de Barcelona y contra el reaccionario proyecto de ley presentado á las Cortes por el Gobierno.

—La idea de justicia es la única razón de ser de las sociedades, pero la idea de una justicia cada vez más comprensible, cada vez más humana.—P. Lafitte.

LA CIUDAD MERCANTIL

Las casas se sucedían unas á otras, uniformes, á lo largo de las calles, y aunque diferían en proporciones, en cambio ninguna ostentaba el menor adorno arquitectónico, y las más recargadas tenían puertas talladas en la mejor encina, cerraduras trabajadas por los artistas más hábiles. Finisimos cortinones de muselina, ostentando en su centro leones empinados sobre una pata y con la lengua fuera y la cola extendida, tamizaban la deslumbradora luz del mediodía; pesadas colgaduras acariciaban con sus franjas delicadas á las personas que penetraban en los salones; monumentales relojes de mármol, de biscuit, de cobre repujado, se contoneaban en las chimeneas entre dos candelabros cuyas bujías soportaban enormes arandelas; los retratos de los jefes de familia—casi todos ellos provistos de una condecoración—colgaban de las paredes, gloriosamente, encuadrados en marcos dorados con un velo de gasa para preservarlos de las moscas; y en el invierno, esteras y burletes, puestos en todas las salidas, resguardaban á las gentes de los rigores del frío.

Los escaparates rebosaban de mercancías. En las lonjas de comestibles, entre los mil productos ordinarios, cajas de hojadelata, redondas, herméticamente cerradas, daban realce á rótulos en que se veía, bajo una palmera, y junto á una firma terminada por una rúbrica extrañamente enroscada, un negro, desnudo de pecho y piernas, envuelta la cintura en un lienzo y llevando en los hombros un fardo que le abrumaba. En la parte delantera de las tiendas de sastres y modistas veíanse trajes y ternos montados en maniqués. En los mostradores de los carniceros, enormes trozos de carne, sobre los cuales brillaban como soles placas de cobre cuidadosamente bruñidas. La quincallería invadía las aceras, colgada en racimos á lo largo de la pared, y balanceándose en varillas de hierro en forma semicircular encima de las puertas, mientras que en las vidrieras de los joyeros—entre brazaletes y relojes—esmeraldas, rubíes, zafiros, y á intervalos algunos minúsculos diamantes, preciosamente depositados en estuches enguataados, permitían á los burgueses satisfacer su afición por las sortijas y las bagatelas.

Y el martilleo de las bigornias, el ronquido de las garlopas, el patear de los caballos, el rugido de las máquinas, cuyas correas veíanse, por las tardes, vibrar al través de las ventanas iluminadas de las fábricas, envolvían á la ciudad en un rumor intenso, en una especie de espantable y perpetuo rechinar.

En las calles, anchas y aseadas—y donde por todos lados había letreros blancos sobre fondo azul que decían: *Se prohíbe pedir limosna*—, no se encontraban desocupados. Los transeúntes marchaban con paso regular y continente á la vez sereno y grave; su ánimo, constantemente preocupado con cosas positivas, no se dejaba ganar por la acción enervante de los ensueños. Por otra parte, aquellos habitantes profesaban el más absoluto desprecio á todos los mediatibundos en general, vagabundos ó poetas, que van por la calle como extáticos, y por las noches se inclinan sobre la barandilla de las puertas para ver rielar la luna en el agua. La verdadera misión del hombre, ¿no consiste acaso en sacar el mejor partido posible de la existencia, en aumentar, mediante una continua labor, el bienestar material, en limpiar la vida de enojos, de penas, de todos los pequeños cuidados que disgustan y carcomen?... Entonces, ¿para qué forjarse deseos irrealizables? ¿a qué tratar de descubrir tenebrosos enigmas? ¡Inconcebible fatuidad! ¡Necio orgullo! ¡Origen inagotable de tristezas, de decepciones y de fastidio! Y una leve sonrisa entreabría sus labios ante la idea de la felicidad de que disfrutaban. Era ésta una felicidad tranquila, indefinida, comparable á una constante é inofensiva borrachera, y que ellos atribuían al modo razonable como disponían del tiempo, á su buen sentido, que no les llevaba á buscar satisfacciones más allá de los límites de las cosas tangibles. Además, ellos conocían placeres secretos, inaccesibles á los demás, y que saboreaban ampliamente, como verdade-

ros egoístas. Por las tardes, por ejemplo, después de comer, junto á sus mujeres, que hacían *crochet*, y á sus hijos encorvados sobre cuadernos y libros, no podían reprimir un fuerte latido de su corazón al calcular las ganancias de aquel día y al imaginar las del siguiente. Y cuando los sacaba de sus cálculos la algazara de talleres y fábricas, se reconcentraban en sí un instante, admiraban la actividad de la población y se maravillaban del poder que ésto tenía en sus pulmones. Experimentaban entonces una especie de transporte, como si su cuerpo, de repente, se hallara flotando en el espacio, en medio de una luz inefablemente suave. Deleitábanse con este placer mórbido, conocido solamente de las gentes extenuadas, á quienes ninguna música—por refinada que sea—hace estremecer, pero que se quedan estupefactas en medio de una plaza pública ó en la esquina de cualquier calle en cuanto un organillo deja oír uno de esos aires á la vez canchalescos y tristes, en que se confunden gritos de amantes desmayados con lamentaciones de pobres, con ronquidos exhalados en los últimos espasmos de una agonía.

Desagradábase la vista de la iglesia, pues la odiaban. Vieja y sucia, con sus gárgolas de piedra verdinosa, sus ladrillos cubiertos de musgo y sus ventanas ojivales cuyos vidrios polvorientos se encuadraban en mallas de plomo, elevábase en medio de las casas, robustas y limpias, como un mendigo orgulloso en una asamblea de encumbrados. Sus losas, acanaladas, como piedras de lavadero, estaban desgastadas por las pisadas de sus antepasados, y parecían que había conservado algo de ellos, porque era más triste y más fría que una tumba, y la humedad rezumaba constantemente en lágrimas á lo largo de los muros. No podían contemplarla sin pensar en el pasado, en la muerte. Y luego, aquella torre que apuntaba al cielo, ¿no era una muda invitación á preocuparse de los espacios? Hasta habíase visto á algunos niños, sentados en medio de la calle, con el rostro embelesado, contemplando como poetas á algunas cornejas chillonas que volaban alrededor de la techumbre del viejo campanario. Su odio hacia la iglesia había crecido, pues si ellos dirigían por sí mismos la educación de sus hijos, si desde muy pequeños los prevenían contra el sentimentalismo que desazona y el ensueño que afemina, era, sin duda ninguna, para hacerlos hombres y no papamoscas.

Querían á sus hijos serios, positivos, y así como antiguamente se preparaba á los jóvenes para las fatigas de los combates por medio de privaciones y de luchas, ellos trataban, con ayuda de una educación práctica, de convertir á sus hijos en invencibles *struggle-for-lifers*, pues en nuestros días, como ellos decían, hallar la fortuna era el gran asunto. Así, cuando las madres, inclinadas sobre la cuna de sus hijos, contemplaban sus carnes sonrosadas y sus ojos soñadores, acusábanse interiormente de haberles dado la vida; y cuando la implacable muerte los libraba de este mundo adverso, cuando una mañana encontraban sus cuerpecillos demacrados, fríos como el mármol y amarillos como la cera, jamás se les lloraba.

Un domingo de invierno, todos los habitantes, á causa del mal tiempo, se habían encerrado en sus casas. Estaba derritiéndose la nieve. Después del medio día, una neblina intensa comenzó á descender de un cielo gris, fría, menuda, envolviendo á la ciudad como una nube de humo. De vez en cuando, oíase un ruido de pasos; primero indistinto, iba creciendo poco á poco, luego resonaba muy claramente, y por último, disminuía y acababa por perderse en lontananza. A veces también, un trozo de hielo, resbalando por una gotera, se estrellaba en la acera, produciendo un ruido de cristales rotos.

Levemente contrariados al principio por no poder dar, como de costumbre, su paseo higiénico semanal, las gentes no tardaron en recobrar su serenidad, al ver que es delicioso, cuando está el tiempo triste y frío, encerrarse en habitaciones donde el suave calor que esparce una chimenea bien repleta le penetra á uno blandamente con sus efluvios.

Y la carne dichosa, el ánimo tran-

quilo, sin preocupaciones ni ensueños, se iban sumiendo en una somnolencia animal, cuando una voz debilitada, temblona, que parecía salir de una garganta enmohecida, cantó:

No tires, no, centinela,
que es un ave que viene de fuera...

El cantor se acompañaba con un acordeón, y al extinguirse las últimas notas, el instrumento subrayó el estribillo, cuya significación triste y desconsoladora exageró aún más por su música plañidera.

Los habitantes se quedaron estupefactos: ¿se cantaba! ¿sonaba música!... No había duda... y durante algunos instantes permanecieron inmóviles en sus asientos, asombrados, con la boca abierta, los ojos desencajados... Luego, de pronto, se lanzaron á la calle, y se encontraron frente á frente de un ciego que se disponía á entonar de nuevo su canción, tranquilamente, sin apresuramiento, como quien cumple un deber enojoso. Su traje raído parecía cubrir aquel cuerpo desde tiempo indefinido; su gorra, hundida hasta las orejas, dejaba asomar dos ó tres mechones de cabellos adosados á la piel arrugada del cuello; sus párpados, sin pestañas y sanguinolentos, formaban un círculo rojizo á sus ojos apagados; y de las hebras de su larga barba gris pendían, como perlas plateadas, gotitas de agua. Un palo, cortado acaso de alguna encina, colgaba de su brazo por medio de una correhuela, y llevaba atada en forma de aspa la cuerda que sujetaba al perro, un falderillo hambriento cuyas lanas aglutinadas formaban estalactitas mugrientas, que chocaban entre sí á cada movimiento del animal.

Al sentir el ruido de pasos precipitados, y al escuchar el rumor de voces de la turba, el ciego adivinó una hostilidad, y presa del terror de un niño que ha cometido una falta de que no puede darse cuenta, exclamó con voz suplicante: «¡Oh, buenos señores!...!» é hizo ademán de marcharse, pero una mano que cayó sobre sus espaldas le dejó inmóvil.

En aquel instante todos le rodeaban. La cólera les hacía hablar á un tiempo. Y de aquella conversación confusa, salpicada de juramentos, y de la cual salían, de vez en cuando, como un rugido bestial, risotadas burlonas, el ciego entendía muy poco: sólo algunas palabras, *multa...*, *prisión...*, *asilo...*, *ya le arreglaremos...*, caían sobre su cerebro como si fueran puñetazos.

Habiéndose refugiado el perro junto á él, sintió contra sus piernas el estremecimiento de su cuerpecillo.

Ya no trató de huir. Con la cabeza un poco ladeada, el rostro descolorido, rígido como una estatua, parecía que miraba al cielo; pero cuando las gentes, al acercarse á él para proferir insultos, le rozaban con su aliento, volvía á gemir: «¡Oh, buenos señores!...!»

Al cabo, la cólera se aplacó en ellos: notaron que era sumamente cómico el terror del mendigo, y la actitud grotesca del perro, que clavaba en ellos miradas suplicantes, les hizo reír. Algunos se acercaron suavemente, á pasos de lobo, y le pellizcaron á través de la tela sutil del pantalón, y una encantadora joven, cuyos bucles rubios formaban una aureola en torno de su rostro angelical, cogiendo una brizna de paja le hizo cosquillas en los ojos. El ciego aulló. Todos le miraron, inmóviles y silenciosos, asomando á sus labios la sonrisa picaresca de las personas que dan una broma.

El día tocaba á su fin. El farolero tomó su pértiga, y se vió un punto luminoso recorrer, culebreando, las calles, las cuales se iluminaron con una luz ondulante é indecisa, y como poco después comenzara á llover, brillaron los charcos acá y allá.

Dejaron aquellas gentes de torturar al ciego; además, la lluvia empezaba á calar sus ropas, tenían frío, tiritaban, y al observar alguno que iban á constiparse, muchas personas, separándose del grupo, se alejaron, como si fueran fantasmas, arriándose á las paredes.

Sin duda iban los demás á imitarlas, cuando en el umbral de las casas inmediatas aparecieron algunos niños. A causa de la espesa sombra de los corredores, sólo se les veía la cabeza, que en la oscuridad de la noche tenían casi la inmaterialidad de las visiones. El reflejo de una gran alegría interior iluminaba

sus semblantes, y sus ojos, perdidos en el vacío, parecían acariciar cosas que sólo ellos veían y que los fascinaban. Y una canción extrañamente sencilla brotaba de sus labios, canción compuesta de palabras unidas al acaso, de onomatopeyas fantásticas, con las cuales se entremezclaban trozos del romance que pocos momentos antes cantaba el ciego en el silencio de la calle.

Aquello reavivó su cólera. Podían perdonar que aquel hombre hubiese entrado en la ciudad para pedir limosna; últimamente, no había hecho más que faltar á las Ordenanzas municipales, puesto que no veía, y, en conciencia, no se le podía reprochar el no haber tenido en cuenta los rótulos que los protegían contra los hambrientos y los vagabundos. Pero el pensamiento que había despertado en sus hijos deseos de poesía, el vago anhelo de sustraerse á las realidades de la existencia, acogiéndose á quimeras, los ponía fuera de sí; le contemplaban como si fuese un monstruo; si hubiera cometido una violación no les habría inspirado más horror; sus ojos brillaban, temblaban sus labios, sus brazos trazaban en el aire signos amenazadores, y la luz incierta de los faroles de la calle, luchando con la sombra en sus rostros, exageraba su expresión feroz. Propusieron castigos tremendos, imaginaron toda clase de torturas; pero, de pronto, un gran miedo les dejó helados: veíanse en un Tribunal, ante jueces, entre gendarmes, un coche celular los llevaba en medio de la hostilidad de la muchedumbre, después la puerta de un calabozo rechinaba detrás de ellos con gran estrépito de cerrojos...

Desesperaban de poder castigar impunemente al ciego, cuando una voz exclamó: «¡Matemos al perro!»

El ciego se estremeció, extendió su mano en ademán protector, por su faz contraída rodaron algunas lágrimas y balbuceó: «¡Oh buenos!...!»

No pudo concluir. Un hombre, de un bastonazo, hirió la cabeza del perro. Entonces se arrojaron sobre él, y golpeándole, empujándole, le obligaron á huir. Corrió el ciego á la ventura, con los brazos extendidos, á tientas, arrastrando en un extremo de la cuerda al perro, que agonizaba, y cuyas patitas, llenas de lodo, arañaban desesperadamente el vacío. Tropezó con una pared y se arañó la cara; rompió el acordeón contra el poste de un farol, y á cada momento rozaba el borde de la acera, cuya arista le serraba las tibias, y habiéndosele enganchado el palo entre las piernas, cayó. Le tiraron piedras, que produjeron un ruido sordo al dar en sus huesos, y un prolongado silbido, semejante á un ronquido, salía de su pecho. A la salida de la población, los perseguidores se detuvieron; el ciego siguió corriendo por los campos encharcados, azotado por la lluvia, mientras que su perro, como una enorme esponja, trazaba en pos de él un ancho surco en el lodo. Pronto se le perdió de vista; pero el ruido de sus pasos se oyó en las tinieblas, durante algunos segundos todavía, entre sollozos y gemidos.

Al volver las gentes, iban considerando su conducta con el ciego. Aunque estimaban que el castigo había sido sobrado blando, no sentían pesar por ello; hasta se felicitaron por haber obrado con cierta generosidad, y esto les tornó alegres, gozosos, dispuestos á la risa y á la broma; hallábanse en esa situación de ánimo que resulta del cumplimiento de una buena acción.

Dentro ya de sus casas, no pudieron serenarse inmediatamente, pues las emociones de la tarde les habían producido una especie de fiebre. Dieron paseos de un extremo á otro de sus habitaciones; acercáronse á las vidrieras de los balcones y echaron una mirada distraída sobre la calle; y al ver que juntamente con la lluvia caían copos de nieve, simulaban un gran estremecimiento y murmuraron: «¡Qué tiempo más abominable! Nevará toda la noche.» Después, acometiéndose de pronto un gran enternecimiento y se apiadaron de los infelices que no tienen lecho, ni pan, y que resisten, sabe Dios cómo, las inclemencias del invierno, y uno de ellos, hombrón á quien el frío había hecho enrojecer las mejillas, acercando al fuego sus botas mojadas y restregándose fuertemente las manos exclamó: «Br...

No quisiera estar en este momento en el lugar de ese indigente ciego... HUBERTO KRAINS.

DISCURSO DE GUESDE

SOBRE EL PROYECTO DE LEY ACERCA DEL TRABAJO DE LAS MUJERES Y DE LOS NIÑOS PRESENTADO A LA CÁMARA DE DIPUTADOS (Continuación.)

Ahora vamos a ocuparnos del descanso semanal. Circunscripción 6.ª: «El descanso semanal se fija en el domingo y no se observa en los balnearios, en los momentos de las primeras comuniones y de los duelos.»

Circunscripción 1.ª: «La antigua costumbre de llamar al aprendiz el domingo por la mañana para el arreglo y limpieza del taller persiste aún en la industria en pequeño.»

Esta antigua costumbre, en la que se atrinchera para pisotear la ley, es menos antigua que esta otra, que consistía en crear sobre los frutos de la tierra un derecho para todos los que tenían hambre y sed; y sin embargo, si los hambrientos pensasen volver a poner en vigor esta antigua costumbre comunista y secular, decidme, ¿habría bastantes Audiencias para convencer a estos hambrientos de la necesidad de inmolarse aquella costumbre a la ley capitalista de hoy? (Aplausos en la extrema izquierda.)

Continúo mis citas: Circunscripción 5.ª: «En las vidrierías de botellas, el descanso semanal no se practica.»

Más lejos: «Las modistas y costureras hacen que todos los domingos las aprendizas vayan al taller para distribuir los encargos de la población.»

«Los patronos de ciertos talleres en pequeño exigen también que sus aprendices hagan el arreglo de los talleres el día de descanso.»

En las fábricas de margarina, los niños y las mujeres están ocupados el domingo hasta el medio día en el embalaje de las mercancías.»

«Cierta número de niños adscritos como auxiliares a la construcción de edificios, se les emplea en la mañana del domingo.»

Circunscripción 7.ª (Costas del Norte, Finisterre, Loire Inferior): «En las pequeñas industrias, talleres de costura, de modas, etcétera, etc., el domingo se continúa empleando los niños en hacer encargos o en arreglar los talleres.»

«Es necesario ahora, después de haberos paseado a través de la violación persistente, y aun podría decirse diaria, de las prescripciones de la ley, prescripciones que yo llamaría vitales, añadir que las demás, las que son de orden secundario, no son mejor respetadas? La certificación de estudios, por ejemplo: «Un inspector señala que, en su circunscripción varias escuelas congregacionistas entregan a los niños un trozo de papel que en su aspecto exterior, se asemeja de tal modo a aquélla que se le toma por una verdadera certificación de estudios primarios; ciertos alcaldes se han engañado de tal modo, que a la presentación de ese trozo, han entregado cartillas a niños menores de 13 años.»

«En cuanto a la certificación médica léese en el mismo documento, su entrega encuentra aún muchas dificultades y será menester un plazo bastante largo para hacer observar completamente esta prescripción.»

En lo que se refiere al examen médico que los inspectores tienen el derecho de requerir, confiesan ellos mismos que nunca hacen uso de este derecho, y añaden inocentemente, ingenuamente, yo diría cínicamente: «Nosotros preferimos entendernos directamente con los patronos.»

«Si, habéis nombrado inspectores de trabajo para que se entiendan directamente con los patronos, y ya no es necesario investigar por qué y cómo las leyes guardadas así jamás han sido aplicadas. (Muy bien! Muy bien! en la extrema izquierda.)

Los inspectores han encontrado también cierto número de niños desprovistos de la cartilla prescripta por la ley. «Las cartillas dicen—se han entregado a niños menores de 13 años, aun cuando no estaban provistos ni de certificación de estudios primarios, ni de certificación médica.»

«En cuanto a los registros y a la fijación de carteles, porque por esta parte, la ley, al menos tiene el aire de observarse, ¿sabéis a qué concesiones, a expensas de los contribuyentes, han tenido que entregarse los inspectores? Han tenido que entregarse gratuitamente registros y carteles a los industriales y añaden: «Gastos bastantes considerables.»

«Con qué derecho los inspectores han gastado los ingresos de la nación? ¿Dónde está su derecho de crear un suplemento de los gastos públicos para evitar a los fabricantes, a los patronos, los gastos que les incumben con arreglo a la ley?»

Un inspector añade: «Lo que se cumple menos todavía, es el envío al inspector y a la alcaldía de un ejemplar de los cuadros en que se indica la distribución de las horas de trabajo y de las horas de descanso.»

Ahora bien: toda la ley estriba en esto. Si no se sabe cómo se reparte el trabajo, el momento en que comienza, el momento en que acaba, a qué horas se toman las comidas,

no se tiene ninguna comprobación, ninguna probabilidad de comprobación; os veis obligados a aceptar como palabra de Evangelio, la palabra patronal. ¿Qué nos enseña esto? Que para tener estos documentos indispensables «algunos inspectores e inspectoras han tenido que tomar el partido de llenar por sí mismos los cuadros que les dictaba el industrial» (aclamaciones en la extrema izquierda), que es lo mismo que confiar la ejecución de la ley, hecha contra los empresarios a los mismos empresarios.

Si he entrado en estos detalles, es por necesidad; no bastaba para la mayoría de la Cámara proceder afirmativamente, era indispensable ponerlos en presencia del testimonio, de la deposición, iba a decir de la requisitoria, por involuntaria que sea, de vuestros inspectores, de lo que se desprende de la inspección tal cual la habéis organizado.

Luego, según la exactísima expresión del ponente del proyecto de ley que se discute, la ley de 2 de noviembre de 1892 realmente ha sido letra muerta, y no sólo ciertamente porque el Senado—que ya era «la esperanza suprema y la suprema idea» de la reacción capitalista—os impusiera la introducción en ella de ciertas disposiciones que la hiciesen impracticable, manteniendo de este modo indirectamente el dejar hacer, dejar pasar en materia de explotación obrera, las causas del aborto que yo he consignado son otras: son las mismas que han hecho abortar toda la serie de leyes anteriores. Ved cómo hace más de medio siglo que el decreto-ley que reducía a 12 horas la jornada de trabajo para los adultos salía de la República de febrero, y este decreto-ley, todos los Gobiernos que se han sucedido se han dado la gloria de dejarle destrozado. Ha sido más que letra muerta, jamás ha existido, y los trabajadores han podido decir que, en este sentido como por tantos otros, la República de 1848, que habían cimentado con su sangre, había sido para ellos más que una sencilla bancarrota, la más fraudulenta bancarrota.

La otra ley acerca de la prohibición del trabajo por contrato, no ha tenido mejor suerte, y pronto veremos por qué. Porque yo desearía, no sólo hacer el proceso de la de 1892 y de la manera como ha sido ejecutada, sino que desearía, porque esa es mi tarea, ese mi deber, haceros tocar con el dedo—hiciérais vosotros después lo que quisierais—las causas fundamentales por las que todas las leyes hechas y por hacer en materia de trabajo, han sido y serán añagazas mientras desconocáis el actual medio social que tanto os complace.

Os obstináis en negar las clases, apoyándoos ora en la Revolución de 1789 que las habría suprimido, ora en vuestro deseo de verlas desaparecer y estas clases dominan de modo tal el medio económico con su automatismo constante y fatal, que todas las leyes que hacéis para los unos tienen por encarnizados enemigos, por adversarios irreductibles a los otros!

Votar una ley de protección obrera es reconocer las clases. (Exclamaciones en el centro.) Si; el día en que votáis una ley de esta índole afirmáis que existe una clase oprimida, explotada, que hay hombres que nada poseen, que no se poseen ni a sí mismos, reducidos, para no morir de hambre, a vender diariamente su fuerza de trabajo e incapaces, por consecuencia, de defenderse, de defender a sus mujeres y a sus hijos, yendo, impulsados por el hambre, al mercado del trabajo a ponerse a merced de otros hombres que todo lo poseen y que pueden a voluntad consumirlos. Y comprendéis la necesidad de poner un freno, un dique, un límite a esta antropofagia patronal. (Exclamaciones en los distintos bancos. ¡Muy bien! ¡muy bien! en la extrema izquierda.)

En este momento, digo, comprendéis: ¡Un relámpago os ha descubierto e iluminado el horizonte, pero la noche no tarda en formarse en vuestros cerebros, y después de haber formulado una ley esencialmente de clase, en favor de una clase contra los apetitos de la otra, procedéis como si las clases no existiesen!

Cuando tratáis de sancionar vuestra ley, olvidando que no se puede crear la libertad para los empleados sino reduciendo la libertad de los que los emplean, no adoptáis ninguna de las garantías indispensables para romper la resistencia de la clase dueña de todo y de todos porque detenta los medios de vida y de producción. Ella es la verdadera y única soberana en el orden político como en el orden económico, y vosotros no estáis aquí sino en la medida en que la sostengáis a ella y a sus privilegios. Quizá creáis gobernar, y ella es la que os domina con su mercado de la Bolsa, su feudalismo financiero, industrial y comercial, cubriéndose con el manto del interés nacional. Detrás de esta gran palabra no hay sino un interés de clase.

ECOS DE LAS MINAS

Galdames, 12 de julio de 1896. En toda la zona minera son innumerables los abusos que se cometen con los trabajadores. Los que hoy os denuncio se han llevado a cabo en las minas que aquí posee uno de los reyezuelos de Vizcaya, D. Víctor Chávarri.

Los encargados y jefes que en ellas tiene, ni buscados a propósito serían peores. Llámense estos tiranuelos José Corral y Virgilio Martínez.

Hace unos días despidieron sin motivo fun-

dato a un obrero que llevaba trabajando en las minas de Galdames siete años, y que siempre ha cumplido perfectamente en el trabajo. Y como todas las minas de este punto son de Chávarri, dicho se está que al ser despedido de una no le van a admitir en las otras.

La situación en que tal injusticia coloca a este trabajador es desesperada, pues a más de obligarle a perder, por no poder cuidarla, una huerta que tiene en Galdames, se encuentra por el momento sin medios para satisfacer las necesidades de su numerosa familia, pues para dar de comer a ocho hijos que tiene no cuenta más que con lo poco que uno de ellos gana.

La poderosa causa que para quitar el trabajo y echar de Galdames a dicho obrero tuvieron los dos lacayos de Chávarri fué únicamente el haberse enterado de que el referido minero votó por Martínez Rivas.

Cierto que ese trabajador, teniendo en cuenta sus intereses, no debió dar el voto a este explotador, ni a ninguno de igual calaña; pero el que lo haya hecho no puede ser motivo para que se le quite el trabajo, y con él el pan para su familia.

Veán los mineros cómo respetan su modo de pensar los que los explotan, y si no quieren que eso continúe, dense prisa a buscar en la organización la fuerza que no tienen.—EL CORRESPONSAL.

Nuestros correligionarios de Gallarta nos dan cuenta del siguiente bárbaro atropello:

El día 9 del corriente, el cacique Luis Barroso (a) Tirilla, que vive en la zona minera, dirigiase a su casa, y habiéndose encontrado con los trabajadores Manuel Sáez y Teodoro Sáez, tuvo con ellos unas palabras. De esta cuestión dió cuenta en seguida a la Benemérita, y ésta, ni corta ni perezosa, encerró a los dos hermanos.

Mas debió parecerles poco castigo a los guardias el privar de libertad a los dos obreros, y cual si nuestro país no figurase entre los civilizados, dieron una paliza tan tremenda a dichos trabajadores, que todavía se encuentran éstos postrados a consecuencia de los golpes que recibieron.

Hay bastantes compañeros que pueden acreditar la verdad de lo que decimos.

Ya sabemos que no es esta la única atrocidad que han hecho los que tienen otra misión muy distinta que cumplir, pero se nos figura que porque tales atropellos constituyan costumbre en nuestro país, no dejan de ser altamente indignos y merecedores de castigo.

De actos de esta naturaleza se da cuenta a menudo en la Prensa, y ni las primeras autoridades del citado Cuerpo ponen coto a los referidos desmanes, ni el Ministerio fiscal cumple con su deber procurando que esos delitos sean castigados.

El ser pobres los atropellados hace que unos y otros muestren esa censurable indiferencia.

Digan luego esos señores, digan también aquellos a quienes pretenden beneficiar dichas autoridades con la tolerancia de tales desmanes, que son los socialistas quienes predicen el odio contra los patronos. Su dicho queda destruido con su conducta; pues son ellos, unos por consentidores y otros por alentadores de esas y de otras infamias, los que infunden en los proletarios indignación y odio contra quienes tan mal los trata.

UNION GENERAL DE TRABAJADORES

COMITÉ NACIONAL

Donativos recibidos por el Comité para cubrir los gastos de la delegación al Congreso de Londres:

- Cargadores del muelle de Bilbao, 2,75 ptas. Tintorerros de Valencia, 5. Sombrierros planchadores de Valencia, 5. Artes y oficios de Valencia, 1. Obreros en hierro del Ferrol, 5. Varios compañeros de Chilches, 1,50.

El día 12 del corriente quedaron depositados en la Administración de Correos de Barcelona los ejemplares de los Estatutos que mandamos a las Secciones.

Las que no los hayan recibido ó no tengan con ellos suficientes, pueden reclamar a este Comité.

Resultado del escrutinio en la elección de delegado al Congreso Internacional de Londres:

- Para delegado.—Antonio García Quejido, 2,335 votos.—Pablo Iglesias, 30.—Pascual Simal, 1. Para suplente.—Facundo Perezagua, 396 votos.—Antonio Palau, 280.—Toribio Rooyo, 90.—Pascual Simal, 63.—Antonio Atienza, 63. B. Martín Rodríguez, 30.—Juan J. Morato, 3. Antonio García Quejido, 2.—Salvador Gascó, 2.—Francisco Sanchis, 1. Barcelona, 14 de julio de 1896.—Por el Comité, ANTONIO GARCÍA QUEJIDO, secretario.

MOVIMIENTO SOCIAL

INTERIOR

Santiago.—Se han declarado en huelga los canteros que trabajaban en la obra del explotador Harguindey.

Estos compañeros reclaman que se les abone igual salario que dan los patronos de las demás obras.

Este Sr. Harguindey, cuando venció a los obreros curtidores en la huelga que le declaró en la fábrica que posee, se vanaglorió de ello con el mayor descaro.

En esta ocasión nos parece que no podrá hacerlo lo mismo con los canteros, los cuales, ó mucho nos equivocamos, ó le van a dar una buena lección.

Alicante.—Constituido el Círculo Socialista por la Agrupación y el Centro Obrero, fusionados en aquél, el Comité del mismo ha quedado constituido por los siguientes compañeros:

Federico Valero, presidente.—Francisco Lucio, vicepresidente.—Antonio Serrano, tesorero.—Jesús Villena, contador.—Rafael García, secretario general.—Enrique Martínez, secretario de actas.—Francisco García, José Esclapés y Francisco Sogor, vocales.

La correspondencia se dirigirá a nombre de Rafael García, Círculo Socialista, avenida de Zorrilla, número 2.

El Ferrol.—La Sociedad de Obreros en hierro y demás metales, que pertenece a nuestro Partido, ha renovado el personal que componía su Junta Directiva, con arreglo a lo que dispone el reglamento por que se rige.

Bilbao.—No habiéndose convalidado el fiscal de la Audiencia de Burgos con la sentencia absolutoria dictada por el Tribunal en la causa de nuestro amigo Perezagua y el Sr. Leguina, ha apelado al Supremo para que case la tal sentencia.

La actitud del fiscal es objeto de comentarios, de los que no sale muy bien parada su rectitud.

El objeto que se persigue con la apelación es evitar que Perezagua vuelva al Ayuntamiento en mucho tiempo.

EXTERIOR

Francia.—El 12 del actual se ha celebrado en Marsella un Congreso de los Círculos Socialistas, Grupos del Partido Obrero y Sindicatos de las Bocas del Ródano. Lo ha presidido el diputado socialista Chauvin.

En la mañana de ese mismo día han dado conferencias en tres puntos distintos de la ciudad los diputados socialistas Prudent-Dervillers, Guesde, Calvinhac, Gérault-Richard y Sautumier.

Después se celebró un banquete, en el que tomaron parte, además de los correligionarios citados, Carnaud, Boyer, Deville, Viviani, Chauvin, Millerand, Jaurès, Zévaès y otros.

Todos los discursos, consagrados a afirmar la bondad de los principios socialistas y a señalar los rápidos progresos que hacen los mismos, fueron extraordinariamente aplaudidos.

Habiendo prohibido el prefecto celebrar el banquete al aire libre, éste se efectuó en un patio de la Escuela de Bellas Artes.

El día anterior, y a beneficio de la Vidriera Obrera, se celebró una gran conferencia, a la que concurrieron 6.000 individuos.

En ella tomaron parte Millerand, Viviani, Gérault-Richard, Prudent-Dervillers, Jaurès y Guesde, aprobando la reunión un orden del día donde se aplaudía la conducta de los diputados socialistas y se condenaba la política del Gobierno.

—El día 14 se ha verificado en Ciotat un gran meeting, presidido por Boyer, y en el que pronunciaron discursos Zévaès, Calvinhac, Carnaud, Gérault-Richard, Deville, Guesde y Jaurès. El entusiasmo fué grandísimo. La reunión terminó a los gritos de ¡Viva el Partido Obrero! ¡Viva la República Social!

—Con motivo de la fiesta del 14 de julio el Partido Obrero de Aix organizó un banquete, al que han asistido 400 personas, entre ellas Guesde, Carnaud, el alcalde y varios concejales de Aix.

Hablaron Carnaud, Zévaès, Guesde, Bonard y Barthelémy, y se votó un orden del día acordando que el Municipio de Aix comience inmediatamente a poner en práctica el programa socialista.

PARA LA CAJA CENTRAL

Madrid: J. Rovira, 0,30.—M. Hernández, 0,25.—F. Diego, 2.—Iglesias, 4,45.—Morato, 2,70.—Lumbreras, 1,65.—P. Cermeño, 0,65.—Adolfo Atienza, 0,60.—A. Atienza, 0,20.—J. C. López, 0,50.—A. Ortiz, 0,20.—W. L., 1.—Total, 14,50 pesetas.

Medina de las Torres: J. Morán, 2,40 pesetas. Sestao: Agrupación Socialista, 2,60 pesetas. Gijón: F. López, 2,50.—Huergo, 0,15.—Total, 2,65 pesetas.

La Arboleda: Agrupación Socialista, 9,10 pesetas.

Toledo: Agrupación Socialista, 2,50 pesetas.

San Juan de Vilasar: Agrupación Socialista, 5 pesetas.

Importa esta lista, 38,75 pesetas.

REUNIONES

El 24 de julio, a las nueve de la noche, celebrará la Agrupación Socialista de Valencia, en la calle del Repeso, 3, bajo, asamblea general ordinaria para la dación de cuentas y otros asuntos de interés.

Imp. de F. Cao y D. de Val, a cargo de J. Antonio Herrero, Platería de Martínez, 1.